

MEMORIAS DEL MEDICONEJO



¡Hola a todos!

Comenzaré por presentarme, mi nombre es Monty y soy mediconejo de la madriguera-hospital situada en el parque del Retiro de Madrid.

Nací una fría mañana de enero hace muchos años en los montes del Pardo. A los pocos días, fui separado del resto de mi camada por un cazador que pensó sería el mejor regalo para su hija Blanca, salvándome así de acabar en la cazuela de algún desaprensivo.

Blanca, además de ser una dueña genial era muy buena estudiante y tenía un corazón de oro, así que poco a poco se fue acercando al mundo de la medicina, primero curando a sus muñecas de las piernas y brazos que arrancaba su hermano Nacho y más adelante con todas las personas necesitadas que encontraba.

Eran largas las tardes que pasábamos delante de los gordos libros de anatomía. Blanca me recitaba todas las lecciones como práctica, y desde mi pequeño rincón, yo contemplaba las complicadas operaciones que hacía a las lagartijas que su hermano encontraba en el patio.



Gracias a los conocimientos que fui adquiriendo, Max, el gato de la familia, no dudaba consultarme cada vez que se clavaba una espina en la garganta o se empachaba con las galletas que había robado a la cocinera Nines, y a Simplón, el San Bernardo que hacía de guardián de la casa le curaba los catarros y otras dolencias fruto de sus largas marchas nocturnas por las desiertas calles de Madrid en busca de comida y otras emociones.

Con 25 años, Blanca se convirtió en una famosa pediatra y decidió acompañar a su hermano Nacho, arqueólogo y aventurero, por todo el mundo para poder conocer las costumbres de esos países, ayudar a los más necesitados y acercarse a otras formas de practicar la medicina.

Así es como comenzaron mis viajes por los países más fascinantes de los cinco continentes, y ahora que vuelvo a mi madriguera, me propongo relatároslos para presentaros esos mundos mágicos y sus gentes.



He pensado que, como aperitivo a estas crónicas de viajes, esta primera aventura va a empezar en casa, Madrid; ciudad de personajes célebres cuyas historias no me son ajenas, ya que son muchas las anécdotas que me han llegado a contar en la consulta de mi madriguera, alguna paloma indiscreta o pequeño ratoncillo de los que vivía entre las paredes de casas y palacios de Madrid.

Un día, Nacho me calzó unas botas que antes habían pertenecido al Gato con Botas y me invitó a acompañarle a recorrer las calles de Madrid para pintar en su cuaderno las fachadas de esos fascinantes edificios y encontrar un objeto misterioso. Se trataba de un capote usado durante las corridas y pintado por Goya.



Nuestra excursión empezó en el Kilómetro 0 de la Puerta del Sol, punto de partida de todas las carreteras de España. De allí fuimos a la Plaza Mayor, lugar en el que, atraídos por un delicioso aroma, pudimos hablar con una castañera, que al abrigo de las brasas que tostaban los redondos frutos secos, contó como en uno de los soportales del Palacio Real había un anciano conocedor de todas las leyendas de Madrid y que si no fuera él quien conociera el `paradero del capote, podíamos darlo por imposible. Con unas monedas, compramos un cucurucho de castañas para reponer fuerzas y nos dirigimos al Palacio justo a tempo de ver en el Patio de armas el cambio de la guardia.

Decidimos invitar al hombre a un trago de Chinchón, ya que como buen castizo, disfrutaba de la bebida más típica de Madrid y unas tapas en la Cava Baja, para calentar su cuerpo y refrescar su memoria.

Manuel, que así se llamaba nuestro hombre, provenía de una familia de juglares que contaban y cantaban historias desde la Edad Media y el había escuchado de su bisabuelo que hace muchos años, Madrid fue víctima de una feroz ola de frío y que en la muralla donde descansaba la escultura de la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid, un vagabundo, que había sido torero antes de una fatal cogida, prescindió de su único abrigo para evitar que la estatua tuviera frío.

Dicha pieza de tela no era sino el capote que buscábamos y gracias a este gesto, la virgen le premió con un trabajo como vigilante en el Museo del Prado que le hizo el hombre más feliz, siempre rodeado de tanto arte.

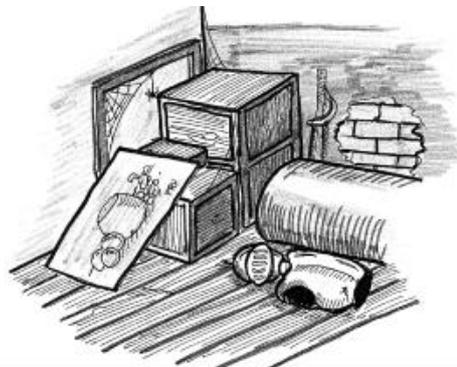
No sin antes darle las gracias a Manuel, proseguimos nuestro camino por la calle Bailén, y proseguimos hasta el Paso del Prado donde sugerí a Nacho que me dejara hablar con algún antiguo paciente que ahora vivía en el jardín Botánico.

Así, acompañados por el pequeño escarabajo azul Omar, descendiente de los sagrados insectos de Egipto al que había curado una pierna en el pasadizo de una pirámide, nos adentramos en el museo donde nos contemplaban siglos de historia.

Pasamos por la sala de los pintores flamencos desde donde una de las "Tres gracias de Rubens" guiñó un ojo a Nacho, motivo de discusión con sus celosas hermanas. el pajarillo del cuadro de "la sagrada familia" de Murillo pió cuando pasamos por su sala y el perro de "las Meninas" de Velazquez ladró preguntándonos por Simplón. Parece ser que ambos perros habían coincidido en alguna de las salidas de nuestra mascota.

La última sala por la que pasamos fue la de Goya. ¡Menudo miedo me produjo alguna de las pinturas que mostraba bodegones con conejos muertos...! La primera a la que preguntamos, fue a la "Maja desnuda", pero la chica, algo tímida, nos dijo que fuéramos a hablar con su hermana mientras ella se cubría con una sábana.

La "maja vestida" desconocía el paradero del capote, pero en ese momento, decidieron intervenir los miembros de "la familia de Carlos IV" y viendo que el mismo Goya estaba autorretratado en el cuadro, nos contó que había pintado ese capote como regalo a un amigo torero y que había oído decir que con la llegada de la primavera, el antiguo torero convertido en vigilante del Museo había vuelto a la Muralla a recoger el capote y que éste se encontraba entre los cuadros del desván del Museo donde solía vivir.



Así, encontramos el capote, que entregamos a las autoridades para exposición y disfrute del público.

Así transcurre nuestra historia. Próximamente os contaré una nueva aventura y vigilaré desde mi madriguera vuestra pronta recuperación.